VOLVIÓ DEL BARRO

JMMPEDRÓS

VOLVIÓ DEL BARRO

Autor: JMMPEDRÓS. ®2026

Edición y maquetación propia

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).
Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines **no comerciales**, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.
Autor: JMMPEDRÓS
Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.
Licencia completa:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

ADVERTENCIA AL LECTOR

Las historias que componen esta colección están dirigidas a un público adulto. En ellas se abordan, con frecuencia y sin concesiones, temas incómodos, oscuros y profundamente humanos que pueden resultar perturbadores para algunas sensibilidades.

No son relatos amables ni buscan endulzar la realidad. Contienen situaciones inquietantes, violencia psicológica, crudeza emocional y un humor negro que no siempre deja buen sabor de boca. Por ello, se recomienda su lectura a personas de mente abierta, con criterio propio y con el estómago lo suficientemente fuerte como para adentrarse en narraciones que no rehúyen lo desagradable.

Si decide continuar, hágalo sabiendo que lo que encontrará en estas páginas no pretende tranquilizar, sino remover

SINOPSIS

En la Inglaterra del siglo XIX, un hombre es dado por muerto tras una repentina enfermedad y enterrado bajo la lluvia en un silencioso cementerio. Pero algo no está bien. En la oscuridad de la tumba, en la inquietud de quienes creen escuchar lo imposible y en la tormenta que cae sin descanso, comienza a tejerse una noche marcada por el miedo, la confusión y la fatalidad. Entre el terror a la muerte y el rechazo de los vivos, el regreso a casa se convierte en un viaje angustioso donde nada es ya lo que parece.

El cielo gris pesaba sobre el cementerio como una losa más. Una fina llovizna caía sobre las lápidas torcidas y los senderos embarrados, mientras el pequeño grupo de asistentes se dispersaba en silencio. Nadie hablaba demasiado en los funerales de aquella época; la muerte era frecuente, demasiado frecuente, y había terminado por volverse casi cotidiana.

El señor Alistair Whitmore había sido declarado muerto dos días atrás, víctima de una repentina fiebre que lo dejó inmóvil, pálido y sin respuesta. El médico, tras comprobar la ausencia de pulso y respiración, firmó el certificado con la tranquilidad de quien ya había visto aquello muchas veces. El ataúd descendió lentamente a la fosa, acompañado por el crujido de las cuerdas húmedas deslizándose entre las manos de los sepultureros, y pronto comenzaron a caer los primeros puñados de tierra, suaves al principio, casi respetuosos. Después llegaron las paladas más firmes, el sonido sordo y constante, y finalmente el golpeteo hueco y repetitivo de la tierra cubriendo la madera.

Los últimos familiares se marcharon bajo sus paraguas negros, encorvados por la lluvia y el cansancio. El sacerdote se quitó el sombrero unos instantes antes de retirarse también, y el cementerio volvió a quedarse casi vacío, envuelto en ese silencio húmedo que parecía tragarse cualquier sonido. Fue entonces cuando Thomas, el joven sepulturero, se detuvo en seco y alzó ligeramente la cabeza, como si intentara escuchar algo por encima del rumor de la lluvia.

—¿Ha oído eso? —murmuró.

Su compañero siguió echando tierra sin prestar demasiada atención y respondió con desgana:

—¿El qué?

Thomas alzó la pala y permaneció inmóvil, atento. Entre el sonido de la lluvia golpeando la tierra y el caer de las últimas paladas, algo más se colaba, un ruido seco y rítmico que no encajaba con nada de lo que ocurría alrededor. Era un golpeteo apagado, insistente, que parecía repetirse con una cadencia inquietante. No venía de fuera, no era el viento ni las ramas de los árboles chocando entre sí; aquel sonido nacía desde abajo, desde el interior mismo de la tumba, desde dentro del ataúd del señor Whitmore.

Thomas sintió cómo el corazón comenzaba a latirle con fuerza, casi acompasado con aquellos golpes que luchaban por abrirse paso a través de la madera y la tierra húmeda. Se quedó clavado en el sitio, sin saber si estaba imaginando cosas o si, de verdad, algo se agitaba bajo sus pies. Durante un instante que se le hizo eterno, le pareció oír algo más entre aquel golpeteo: un sonido débil, ahogado, como si alguien, con la garganta llena de tierra, intentara gritar.

Thomas permaneció unos segundos más mirando la tumba recién cubierta, con la pala suspendida en el aire y el ceño fruncido, tratando de escuchar por encima del murmullo constante de la lluvia. Le parecía que aquel sonido persistía, débil pero obstinado, colándose entre las paladas de tierra y el rumor del viento.

—¿Ha oído eso? —insistió en voz baja.

Su compañero, Arthur, ni siquiera levantó la vista al principio. Siguió echando la última palada con gesto cansado, sacudiendo luego la herramienta para desprender el barro antes de responder, con tono distraído:

—¿Oír qué, muchacho?

—Golpes… como si… —Thomas dudó antes de terminar la frase, incómodo incluso al decirlo en voz alta—. Como si vinieran de dentro.

Arthur soltó una risa breve, más de fastidio que de burla, y al fin se volvió hacia él, señalando con la barbilla hacia los árboles que se mecían con violencia bajo la tormenta.

—Viento —dijo—. Escuche cómo azota las ramas. Golpean unas contra otras, el sonido rebota entre las lápidas y parece venir de cualquier parte. Este sitio está lleno de ecos.

En ese mismo instante, una ráfaga más fuerte hizo crujir los cipreses y varias ramas chocaron entre sí con un chasquido seco que pareció confirmar sus palabras. Thomas, pese a todo, no estaba convencido y siguió mirando la tierra removida con una inquietud que no lograba sacudirse.

—No sé… sonaba distinto.

Arthur clavó la pala en el suelo y se acercó un paso, bajando la voz, casi con tono de reproche, como si quisiera cortar de raíz aquella idea antes de que creciera más de la cuenta.

—El que firma las defunciones es el doctor Pembroke. ¿Lo sabe, no?

Thomas asintió despacio. Todo el mundo conocía al doctor Pembroke. Era un médico reputado, respetado en todo el pueblo, de manos firmes y diagnóstico certero. Decían que nunca se equivocaba, que había visto más enfermedad y muerte de la que cualquier hombre debería presenciar en una vida entera.

—Ese hombre ha visto más muertos de los que usted y yo veremos en tres vidas —continuó Arthur—. Si ha dicho que el señor Whitmore estaba muerto, es que lo estaba. No ande llenándose la cabeza de fantasías.

Thomas miró de nuevo la tumba. La lluvia comenzaba a borrar las huellas recientes, alisando la tierra y suavizando el montículo oscuro, como si nada hubiera sido removido allí. Durante unos segundos aguantó la respiración, intentando aislar cualquier sonido.

Nada.

Solo el viento entre los árboles y el murmullo constante del agua cayendo.

Suspiró al fin, avergonzado de sí mismo.

—Supongo que tiene razón.

—Claro que la tengo. Y yo tengo hambre —respondió Arthur, tomando el farol y echándolo a andar por el sendero—. Vamos, antes de que cierren la cocina. Nos hemos ganado una buena cena.

Thomas dudó un instante más. Miró por última vez el montículo oscuro y silencioso bajo la llovizna constante, intentando convencerse de que todo había sido producto de su imaginación. Luego dejó la pala junto al carro, recogió el resto de los bártulos y siguió a su compañero entre las filas de lápidas, perdiéndose ambos poco a poco en la oscuridad del camino.

El cementerio volvió a quedarse solo, y durante un buen rato no se oyó más que el viento golpeando las ramas y la lluvia cayendo sobre la tierra recién removida.

Arriba, el viento comenzó a cambiar y las primeras gotas gruesas golpearon la tierra recién removida. En cuestión de minutos, la llovizna fina se convirtió en una tormenta repentina. El agua caía con violencia, empapando el montículo oscuro bajo el cual yacía el señor Whitmore y filtrándose poco a poco entre los granos de tierra aún sueltos, ablandando aquella capa que horas antes había sido compacta y firme.

Abajo, él ya apenas pensaba. El aire era cada vez más escaso y cada respiración le quemaba en el pecho. Los golpes con los puños se habían vuelto débiles, torpes, inútiles; tenía los nudillos abiertos y la madera, manchada y húmeda por su propio sudor y sangre, seguía resistiendo. En medio de aquel ahogo desesperado cambió de postura como pudo, retorciéndose en el espacio imposible del ataúd. Encogió las piernas con dificultad, llevando las rodillas contra el pecho hasta que, al fin, sus pies tocaron la tapa.

Empujó.

Al principio fue un movimiento torpe, sin apenas fuerza, pero en el segundo intento descargó todo el peso de su cuerpo en un solo golpe desesperado. La madera crujió. Apenas fue un sonido leve, casi imperceptible, pero para él resonó como un disparo en medio del silencio. Volvió a golpear, esta vez con más violencia, una y otra vez, y el ataúd empezó a temblar con cada impacto. Al mismo tiempo, algo distinto comenzó a ocurrir encima: la tierra, empapada por la lluvia, se volvía más pesada, más blanda, más inestable.

Otro golpe. Una tabla cedió ligeramente, hundiéndose hacia dentro un par de centímetros, y un hilo de tierra húmeda se coló por la grieta y le cayó sobre la cara. Whitmore tosió, tragando barro, pero en aquel instante comprendió que aquello era, por primera vez, una oportunidad. Con un gruñido ronco volvió a golpear con los talones; la grieta se abrió un poco más y más tierra empezó a colarse, fría y pesada, cayendo sobre su pecho, sobre su cuello, llenándole la boca y los ojos mientras la tormenta, arriba, hacía su trabajo.

El agua removía el montículo, deshaciendo la tierra reciente. Lo que antes era una losa compacta se convertía ahora en una masa húmeda y suelta que

comenzaba a deslizarse hacia el interior por la abertura. Whitmore no sabía si aquello lo salvaría o lo enterraría del todo, pero siguió golpeando con la poca fuerza que le quedaba. Una última patada, lanzada desde lo más hondo de su desesperación, partió al fin una de las tablas. La tapa cedió lo suficiente como para que la tierra, empapada y blanda, se desmoronara hacia dentro.

El peso fue brutal. Durante unos segundos pensó que lo aplastaría allí mismo. Instintivamente empezó a empujar hacia arriba con los brazos y los hombros, abriéndose paso entre el barro, arañando, respirando a bocanadas cada vez que lograba acercar la cara a un pequeño hueco de aire. La lluvia caía sin piedad, y poco a poco, entre jadeos, uñas rotas y puñados de tierra que se deshacían entre sus dedos, el señor Alistair Whitmore comenzó a ascender, como si regresara desde las entrañas mismas de la tumba.

Alistair Whitmore emergió de la tierra como una sombra mal formada, tambaleándose bajo la lluvia que seguía cayendo con furia. El traje, que horas antes había sido oscuro y digno, colgaba ahora pesado y deformado, empapado de barro; tenía las manos deshechas, las uñas rotas y negras, y la piel surcada por arañazos. Solo sus ojos, grandes y azules, brillaban con una intensidad casi irreal en medio de aquel rostro cubierto de tierra y desesperación, respiraba con dificultad, como si cada bocanada de aire le rasgara el pecho.

Dio un paso, luego otro, torpes e inseguros, como los de un hombre que aprende de nuevo a caminar. El frío lo hacía temblar sin control, pero aun así siguió avanzando, dejando tras de sí huellas oscuras y profundas en el barro del cementerio. A lo lejos, una tenue luz amarillenta brillaba en una de las ventanas de la pequeña caseta de los sepultureros, y aquella claridad, débil pero constante, se convirtió en su único punto de referencia en medio de la noche y la tormenta.

Dentro, Thomas y Arthur estaban sentados frente a la mesa, dando buena cuenta de su cena. El vapor de un guiso espeso subía lentamente, llenando la estancia de calor y olor a comida caliente, y el sonido de los cubiertos contra el plato rompía el silencio acogedor del interior. La tormenta golpeaba el tejado con fuerza, pero allí dentro todo parecía cálido y seguro, ajeno al horror que se arrastraba por el cementerio. Hasta que sonó el primer golpe, seco y repentino, contra el cristal de la ventana.

Thomas alzó la cabeza, con el tenedor suspendido en el aire.

—¿Ha oído…?

Antes de terminar la frase, sonó otro, más claro y más cerca. Arthur frunció el ceño y miró hacia la ventana; la lluvia resbalaba por el cristal, distorsionando lo que había al otro lado, y durante un segundo no vio nada. Entonces, una forma se movió. Pegado al cristal, desde fuera, un rostro cubierto de barro los observaba fijamente. Los ojos azules, abiertos de par en par, parecían los de alguien que hubiera regresado de un lugar al que nadie debería volver.

Arthur se quedó inmóvil. Thomas dejó caer el tenedor, que tintineó contra el plato sin que ninguno de los dos apartara la vista de aquella figura. Durante años habían trabajado entre tumbas; habían oído historias de entierros prematuros, de golpes en la noche, de susurros entre lápidas, y siempre las habían tomado por lo que eran: cuentos para asustar a los nuevos. Pero aquello estaba allí, del otro lado de la ventana, empapado, temblando, mirándolos fijamente. Y, lentamente, algo volvió a golpear el cristal.

El pánico los envolvió como una niebla espesa y repentina, anulando cualquier atisbo de razón. Durante un segundo ninguno de los dos fue capaz de moverse. Aquella figura al otro lado del cristal, con el rostro cubierto de barro y los ojos desmesuradamente abiertos, no parecía un hombre; no podía serlo. Ellos mismos lo habían enterrado esa misma tarde, habían arrojado tierra sobre su ataúd y alisado el montículo con sus propias manos. El siguiente golpe en la ventana fue suficiente para romper el hechizo.

Arthur fue el primero en reaccionar. La silla cayó hacia atrás con estrépito y, sin decir palabra, se lanzó hacia la puerta. Thomas lo siguió al instante, empujándola con torpeza. El viento y la lluvia les golpearon de lleno en la cara al salir, pero no se detuvieron ni un momento. Echaron a correr sin mirar atrás, sin pensar, con una única idea fija, absurda y feroz: poner toda la distancia posible entre ellos y aquello que acababa de llamar a la ventana.

El barro les hacía resbalar y las botas se hundían en la tierra mojada, pero siguieron avanzando entre las lápidas torcidas, jadeando, tropezando, chocando contra las cruces de piedra en la oscuridad. Arthur, el mayor, empezó a quedarse atrás. Llevaba años arrastrando aquella dolencia del pecho que en invierno se agravaba y en verano le dejaba sin aliento, y el miedo, la carrera y el frío se le metieron de golpe en el corazón. Se llevó la mano al pecho, intentó

seguir, dio un paso más y luego otro, pero el aire dejó de entrar. Sus piernas fallaron y cayó de rodillas sobre el barro, con la respiración convertida en un silbido débil y desesperado. Intentó llamar a Thomas, pero la voz no le salió; un instante después se desplomó de lado entre dos lápidas y allí, bajo la lluvia, exhaló su último suspiro.

Thomas no se dio cuenta. Corría a ciegas, con el terror clavado en la espalda, y el mundo se había reducido a sombras, tumbas y barro deslizándose bajo sus pies. No pensaba en el camino ni en lo que dejaba atrás, solo corría. Y entonces, de pronto, el suelo desapareció bajo él. La fosa recién excavada estaba allí, abierta y oscura, esperando al inquilino que aún no había llegado. La había cavado él mismo esa mañana y sabía exactamente dónde estaba, pero en su huida alocada no la vio. Su pie pisó el borde húmedo, la tierra cedió, el cuerpo se inclinó hacia delante y cayó sin poder detenerse. El golpe fue seco, un sonido breve, casi limpio, que se perdió enseguida bajo el rugido de la tormenta, y Thomas quedó inmóvil en el fondo de la tumba, el cuello torcido en un ángulo imposible, mientras el barro se deslizaba poco a poco por las paredes recién abiertas.

Durante unos instantes, Alistair Whitmore permaneció inmóvil bajo la lluvia, respirando con dificultad y tratando de comprender lo que acababa de ocurrir. Había golpeado el cristal pidiendo ayuda y, sin embargo, aquellos hombres habían huido de él como si hubieran visto al mismísimo diablo. Aún alcanzaba a ver la puerta de la caseta abierta de par en par, balanceándose con el viento, y más allá, entre las sombras y la lluvia, creyó distinguir una figura caída en el suelo y luego otra forma oscura, medio oculta, en el hueco de una tumba abierta. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, uno que nada tenía que ver con el frío que empapaba su ropa.

No entendía nada. No entendía su propio estado, ni el motivo de aquel terror, ni por qué todo parecía haberse vuelto tan irreal en tan poco tiempo. Se miró las manos cubiertas de barro, temblorosas, y un pensamiento le atravesó la mente con brutal claridad: parecía un muerto que se hubiera levantado de su tumba. Y quizá, para cualquiera que lo viera, eso era exactamente lo que era. El pánico empezó a crecer dentro de él, distinto al que había sentido bajo tierra, más confuso y más profundo, como si el mundo entero se hubiese vuelto de pronto un lugar ajeno.

Se alejó del cementerio con pasos torpes, casi arrastrándose, dejando atrás las lápidas, las sombras y la escena que ni siquiera se atrevía a mirar de nuevo. El lugar quedaba a las afueras del pueblo y, a aquellas horas intempestivas, no había un alma en los caminos; la lluvia fina y persistente, el frío y la oscuridad bastaban para mantener a cualquiera encerrado en su casa. El sendero de tierra serpenteaba entre campos negros y desnudos, y cada paso le costaba un esfuerzo enorme. Estaba exhausto, helado, con la ropa pegada al cuerpo y el barro endureciéndose sobre su piel.

Necesitaba ayuda. Necesitaba un médico, fuego, luz, algo que le dijera que seguía perteneciendo al mundo de los vivos. Intentó pensar con claridad, pero su mente solo encontraba un lugar seguro, un único sitio donde alguien lo reconocería sin hacer preguntas. Su casa. La mansión Whitmore se alzaba a un par de kilómetros del cementerio, aislada, imponente incluso en la oscuridad. Había crecido entre aquellos muros; allí estaban sus criados, allí estaría todo tal y como lo había dejado, o eso quería creer. Con ese único pensamiento como guía, echó a andar por el camino embarrado, tambaleándose bajo la llovizna constante, avanzando lentamente hacia la débil silueta de su hogar en la distancia.

La verja de hierro cedió con un leve gemido cuando la empujó, y aquel sonido, tan familiar, le atravesó el pecho con una extraña mezcla de alivio y desasosiego. La mansión Whitmore se alzaba ante él, oscura y silenciosa, apenas recortada por la luz temblorosa de la tormenta. Las ventanas estaban apagadas y todo parecía en orden, como si nada hubiese cambiado, como si el mundo hubiera seguido su curso sin notar su ausencia.

Subió los pocos escalones de la entrada con dificultad. El barro se desprendía de su ropa a cada paso, dejando marcas en la piedra, y al alargar la mano para empujar la puerta principal esta se abrió sin resistencia. Nunca se cerraba con llave. No hacía falta. El nombre de los Whitmore bastaba para mantener alejados a curiosos y ladrones; nadie se atrevía a profanar aquel hogar.

Entró. El aire del interior, seco y templado, le hizo estremecerse. Olía a madera encerada, a alfombras limpias, a hogar. Durante un instante apoyó la espalda contra la puerta cerrada y cerró los ojos, respirando hondo, como si aquel simple gesto pudiera devolverle al mundo de los vivos. Sabía que la servidumbre, a esas horas, dormía, y su viuda también. Ese pensamiento le dolió de una forma nueva, más profunda que la asfixia, más punzante que el frío.

Avanzó despacio por el vestíbulo, procurando no hacer ruido. Sus botas húmedas dejaron huellas oscuras sobre el suelo, y el silencio de la casa era total, solo roto por el lejano murmullo de la lluvia contra los cristales. Comenzó a subir la escalera con cautela; cada peldaño crujía suavemente bajo su peso, y subía sin prisa, con una prudencia instintiva. No quería asustar a nadie, no después de lo ocurrido en el cementerio, y menos a ella.

Agudizó el oído.

Entonces los oyó. Un sonido bajo, contenido, unos gemidos ahogados, casi imperceptibles, como si alguien intentara sofocarlos entre las sábanas. Whitmore se detuvo con una mano apoyada en la barandilla. Su primera reacción fue de pena. Imaginó a su esposa despierta, sola en la cama, consumida por el dolor, incapaz de conciliar el sueño, y el pensamiento le llenó el pecho de una tristeza silenciosa. Continuó subiendo, aún más despacio, mientras los sonidos se hacían más claros al acercarse al dormitorio.

Se detuvo frente a la puerta cerrada y dudó durante un segundo. No sabía cómo iba a explicarse. Ni siquiera sabía qué aspecto tenía en realidad. Se pasó la mano por el rostro y notó el barro seco, la piel tirante, las uñas rotas. Aun así, giró el pomo. La puerta se abrió sin ruido y se quedó inmóvil en el umbral.

En la cama, a la luz tenue de una vela casi consumida, su esposa no estaba sola. Las sábanas revueltas, el cabello desordenado, y junto a ella, su mejor amigo. Nadie dijo nada. El tiempo pareció detenerse. Whitmore no gritó, no se movió; solo miraba, con los ojos abiertos de par en par, incapaz de comprender del todo lo que estaba viendo.

El amigo fue el primero en reaccionar. Su mirada se clavó en aquella figura cubierta de barro, con el rostro irreconocible y los ojos brillando desde la oscuridad. El terror le borró el color de la cara. Apartó las sábanas de un tirón y se levantó, tropezando al intentar huir. Whitmore dio un paso al frente. No pensó. No decidió. Fue algo instintivo, brutal. Alargó la mano y lo sujetó por el cuello antes de que pudiera alcanzar la puerta.

Apretó.

El otro hombre forcejeó, pataleó, intentó gritar. Sus manos arañaban los brazos de Whitmore, pero él no sentía el dolor. Solo sentía una presión creciente

dentro del pecho, una furia muda que le subía desde algún lugar muy profundo. Apretó más, hasta que el cuerpo dejó de moverse. Lo soltó y el silencio volvió a llenar la habitación.

Entonces miró a su esposa. Ella se había quedado acurrucada contra el cabecero, con los ojos desorbitados, incapaz de apartar la vista de él. No había reconocimiento en su mirada, solo un terror primitivo y absoluto. Negaba con la cabeza una y otra vez, temblando.

—No… —susurró, apenas audible—. No…

Whitmore avanzó un paso, lentamente, como si quisiera acercarse sin asustarla, pero aquello fue peor. Para ella, aquella figura cubierta de tierra, salida de la nada en mitad de la noche, no podía ser su esposo ni siquiera un hombre; era otra cosa, un castigo, una presencia enviada para juzgarla. Soltó un grito ahogado y se apartó de la cama, retrocediendo a tientas hasta la ventana. La abrió de golpe y el viento frío y la lluvia entraron en la habitación, agitando las cortinas. Whitmore extendió una mano hacia ella, sin llegar a tocarla, pero el pánico ya la había vencido, y con una última mirada llena de espanto tomó la decisión.

El guarda dormitaba en su garita, vencido por el calor del brasero y el rumor constante de la lluvia contra los cristales, cuando el estallido lo sacó del sopor de golpe. Un ruido seco, el sonido inconfundible de cristales rompiéndose en mitad de la noche, lo obligó a incorporarse de un salto, desorientado, con el corazón golpeándole en el pecho. Tomó la escopeta que siempre descansaba junto a la pared y salió al exterior casi sin pensar, todavía aturdido por el brusco despertar.

La escena que encontró lo dejó clavado en el sitio. Sobre el césped, entre fragmentos de vidrio que brillaban bajo la lluvia, yacía la señora de la casa. El cuerpo torcido en un ángulo imposible, el camisón empapado y oscuro, la lluvia cayendo sin compasión sobre ella y mezclándose con la sangre que se extendía lentamente sobre la hierba cuidada. El guarda se llevó una mano a la boca. En todos sus años de servicio nunca había visto nada parecido. Aquella mujer había sido siempre un ejemplo de serenidad y compostura, y verla allí, rota como una muñeca abandonada, era algo que su mente se negaba a aceptar.

Su primer pensamiento fue sencillo, casi lógico dentro del horror: la pena por la muerte de su esposo. Tal vez la había vencido el dolor. Tal vez se había arrojado al vacío en un momento de desesperación. Pero entonces alzó la vista y vio, arriba, en la ventana abierta, una figura recortada contra la luz temblorosa del dormitorio. Oscura, deforme, cubierta de algo que la lluvia no conseguía limpiar.

Y gritaba.

No eran palabras. Eran sonidos broncos, desgarrados, de una furia que parecía venir de algún lugar demasiado profundo para ser humano.

El guarda no lo pensó dos veces. Algo en él, una valentía que ni siquiera sabía que tenía, se abrió paso por encima del miedo. Sujetó con fuerza la escopeta y echó a correr hacia la casa. Subió las escaleras con una rapidez impropia de su cuerpo pesado, agarrándose al pasamanos, jadeando, impulsado por una única idea: aquello no debía seguir allí arriba.

La puerta del dormitorio estaba abierta. Entró.

La escena era dantesca. En el centro de la habitación, bajo la luz mortecina, una figura cubierta de barro gritaba y gesticulaba, moviendo los brazos de forma torpe, como un animal atrapado. A sus pies, tendido en el suelo, yacía el amigo de la familia, inmóvil. El guarda no vio a un hombre; vio un engendro, una cosa salida de no sabía qué infierno, que había irrumpido en la casa, que había provocado la muerte de la señora y acabado con la vida de su acompañante.

Su mente hizo el resto.

Alzó la escopeta con manos firmes. El primer disparo retumbó en la habitación como un trueno y el cuerpo se sacudió hacia atrás; el segundo llegó apenas un instante después. El silencio que siguió fue absoluto. La figura cayó de rodillas y luego hacia un lado, pesadamente, quedando inmóvil sobre la alfombra aún manchada de barro. El guarda permaneció allí, respirando con dificultad, sin bajar el arma.

Solo entonces, al acercarse un poco más, a la luz temblorosa de la vela, creyó ver algo bajo la capa de tierra y sangre: un rostro conocido, un gesto que le resultaba vagamente familiar. Pero ya era tarde para comprenderlo.

Así terminó la vida del señor Alistair Whitmore, el hombre que, aquella noche, había muerto por segunda vez.

Fin.